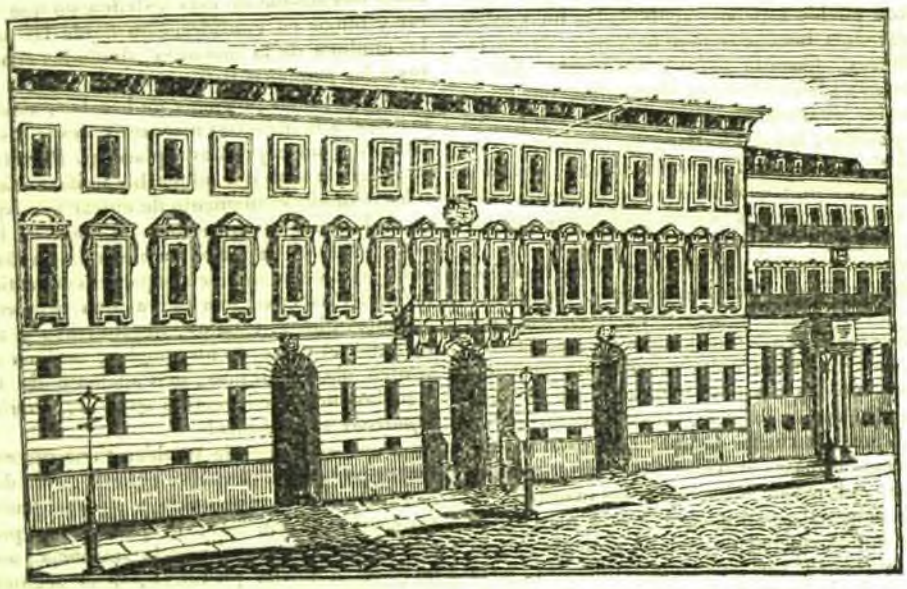


La Aduana.

Este suntuoso edificio, uno de los primeros ornamentos de la capital, sirve tambien acaso mas que ningun otro á caracterizar el buen gusto artístico en el reinado del inmortal Cárlos III. Fue concluido en el año de 1769, bajo los planos y direccion del brigadier D. Francisco Sabatini, con el mismo objeto que hoy tiene de aduana y oficinas de Rentas Reales, y muy pocos entre nuestros edificios públicos han correspondido mejor al intento para que fueron erigidos.

Si la Aduana estuviese situada en una ancha plaza, permitiendo abrazar de un golpe de vista su inmensa mole y la belleza de su conjunto, no tendria nada que envidiar á los mas elegantes monumentos arquitectónicos que se admiran en otras capitales; mas por desgracia se halla intercalada entre otras casas, y en una calle, aunque espaciosa y principal, careciendo por esta razon de fachadas al Oriente y Poniente, y únicamente descubriendo las de Mediodia y Norte que son las mas angostas, por ser la figura de todo el edificio un cuadrilongo.

La principal que mira al Mediodia, en la calle de Alcalá, es ciertamente digna de un artista tan acreditado, y sorprende agradablemente por la armonía y belleza de su conjunto. Fúndase sobre un zócalo almohadillado de piedra berroqueña hasta el piso principal, con tres puertas en el medio, sobre las cuales hay un gran balcon y balaustrada de piedra, sostenidos de mensolas ó repisas que rematan en cabezas de sátiros y de cariátides, y sobre las dos puertas colaterales dos inscripciones, una en latin y la otra en castellano, diciendo en ambas que dicha Real casa la mandó construir el Sr. D. Cárlos III, y el año en que se concluyó. Tiene desde el suelo cuatro órdenes de ventanas, y cinco si se cuentan las de los sótanos. Las del piso principal estan adornadas con frontispicios triangulares y circulares alternativamente, y sobre la de en medio hay un escudo Real, sostenido por dos famas esculpidas en mármol por D. Roberto Michel. La cornisa, que es adornada segun el gusto de la compuesta de Vignola, da mucha magnificencia á todo lo demas.

El interior es muy correspondiente á la suntuosidad de el edificio, y tiene tres grandes patios, el de en medio mayor, circundado por un elegante vestíbulo y una galería encima. La escalera principal de piedra es muy ancha y suave, y la distribucion de las salas y de los espaciosos sótanos para el almacenage de los frutos, perfectamente adecuada á su destino respectivo.

Hasta aqui la material indicacion de esta casa sin mezcla alguna de hipérboles y otras retóricas figuras, pues si pretendiéramos entrar en ellas nos veríamos al punto detenidos por la consideracion del objeto á que está destinada. Con efecto, nada hay mas *prosáico* que una Aduana, ni que menos dé lugar al entusiasmo que el interior de una oficina de Rentas. Las musas estan reñidas con la *partida doble*, y el lenguaje de las artes enmudece ante las carpetas amarillas y el *Dios guarde á V. muchos años.*

Mercurio, esta divinidad *financiera* que suele representarse presidiendo los carromatos y las balijas, los caminos y canales, los barcos de vapor y los barriles de escabeche, es quien anima, es quien señorea y domina aquel recinto burocrativo-mercantil. Y empezando por el tejado, (porque tratándose de una divinidad alada, mal pudiéramos introducirla por la escalera) diremos que los altos aposentos sirven de cómoda habitacion á un sin número de familiares de su Corte, no compuesta que digamos de gentiles-hombres ni de próceres, sino de vistas y medidores, espendedores de guias y torna-guías, contadores y mozos de cuerda. Aquellos son los satélites del planeta, los carretes del telar, los arcaduces de la nória, y si fuéramos Victor Hugo ó D. Quijote, y acostumbráramos leer libros encuadernados en piedra, y contemplar animadas las catedrales ó los molinos de viento, diríamos que aquellos eran los brazos del edificio, asi como la cabeza está en el piso principal, y el estómago en el bajo. Nos esplicaremos.

Colocamos la cabeza, esto es, la parte intelectual y calculadora en el piso principal, porque allí es donde residen las Oficinas Generales de Rentas en que se reglamentan y combinan las ingeniosas exacciones que viene pagando el pobre pueblo español, acumuladas unas sobre otras por sus diversos benéficos dominadores, desde las *alcabalas y cientos*, hasta la *paja y utensilios*. Allí es donde se aprende la sustraccion por *decimales*, por *novenos*, por todos los guarismos aritméticos; las *sisas*, los *arbitrios*, las *puertas*, los *arriendos*, las *contratas*, los *dividendos*, los *cientos*, *millones* y *equivalentes*, con toda la ingeniosa nomenclatura económica que encuentra allí sus numerosos intérpretes, sus oráculos infalibles, su tabla pitagórica, su juez y su parte.

Todas las ciudades, villas, lugares, aldeas, caseríos, ventas y despoblados de esta vasta monarquía, clasificados y envueltos en la ingeniosa cabala de la combinacion y del cálculo, se presentan á la vista embutidos en aquellos oscuros estantes, amarrados entre dos carpetas de pergamino con cintas encarnadas y sendos tarjetones en el frente, obedeciendo á la voz de un gefe, de un subalterno, de un escribiente, como las ruedas de una máquina al impulso del vapor, como las masas armadas á la voz del táctico, como los cañones del órgano á los dedos del maestro.

Preciso seria convertirse en un nuevo *Gall* para seguir anatómicamente la descripcion de aquella inmensa cabeza en sus recónditos senos y variados compartimentos, cada uno de los cuales daria lugar á observaciones que por lo prolijas y profundas conseguirian adormecer voluptuosamente á nuestros lectores. Ellos encontrarian como nosotros el órgano de la *reflexion* en la seccion de contribuciones indirectas; de la *paciencia* en la de amortizacion; del *cálculo* en la de loterías; de la *ingenuidad* en la de contratas; de la *prevision* en la de estancadas; de la *exactitud* en las nóminas, y del *trabajo* en todo el conjunto; pero limitados nosotros á estrecha consideracion, solo podemos apuntar la idea sin detenernos de modo alguno en los detalles, impeliendo al lector por una brusca transicion desde el estremo intelectual al centro digestivo, desde la cabeza al estómago, desde el piso principal al entresuelo.

Considerando siempre este edificio como un gran gigante (consideracion que por lo menos tiene algo de *romántica*), no podemos en conciencia dejar de colocar la boca en la puerta principal, abierta para recibir la sustancia material en fardos y carromatos, y conducirla por las galerías y callejones (arterias del gigante) al patio principal, á los sótanos y almacenes.

Aquí la operacion es mas complicada, mas trabajosa y digestiva, consistiendo en sustraer ó eliminar bajo el nombre de *derechos* aquella parte sólida del alimento que considera suficiente á la manutencion del individuo moral que llamamos *estado*; no pudiendo menos de admirar el ingenioso mecanismo de esta distribucion que acierta á separar y tomar en consideracion desde las partes máximas á las mínimas de la sustancia, desde los enormes cargamentos á las pequeñas balijas, desde las ricas telas de la India á las mezquinas pescadas de bacalao, desde la propiedad material á la industria mercantil, desde las necesidades del hombre á sus caprichos ó placeres. Pero todo ello con qué inteligencia! con qué admirable uniformidad! Una libra de tabaco desde el momento de entrar por aquella boca hasta el de pasar á convertirse en humo en la del consumidor, ¡cuantos registros, anotaciones, señas, pesos y medidas para dejar una de sus partes convertida en *reales de vellon*! Una casa, una tierra, una propiedad cualquiera, ¡cuantos libros, estados, libramientos y anotaciones para dejar el valor de una piedra, mañana de una puerta, al otro dia de un piso, mas adelante de todo el edificio ingeniosamente convertido en *frutos civiles*, *aposentos*, *hipotecas y alcabalas*!

Pero este gigante tambien tiene sus conductos espelentes por donde devuelve aquella parte de sustancia que considera no indispensable á su mantenimiento, y estos conductos son dos; es primero la puerta principal por donde vuelve á salir la sustancia (aunque menguada) en su forma primitiva, y el segundo la tesorería por donde sale de todo punto digerida y convertida en monedas de metal. Aquí la animacion crece sobremanera, y codiciosos todos á acudir á aquella saludable emision, forman por todas las avenidas largas filas de espectantes con los nombres de empleados civiles y militares, cesantes y jubilados, viudas y huérfanos, semejante á la que formaba en la antigüedad (la antigüedad es en este siglo el año pasado) la triple cohorte de postulantes á la puerta de un convento para repartirse las sobras, luego que la comunidad acababa de comer.

Recapitulacion. — Esta animacion, este *movimiento* que tanto contrasta con la soledad y abandono de nuestros caminos, solo se observa en España en los que dirigen á las oficinas y á las cajas públicas, y no queriendo concluir este artículo sin una observacion económico-mercantil, con sus puntas de administrativa; parécenos del caso indicar la que se deduce naturalmente, es á saber; que la aplicacion del vapor y carreteras de hierro con que tanto se nos lisongea de algunos años á esta parte solo tendria resultado efectivo en nuestra España en un único camino, *el camino de la tesorería*.

R. de M.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ.

Reinaba en Leon D. Alonso IV, llamado el Monge, y ya en el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez, conde de Castilla, título debido á la voluntad de sus vasallos, á la justicia y mansedumbre con que los gobernaba, á su pericia en la guerra, y al valor con que los conducia á la victoria.

Hasta entonces su esfuerzo bélico se hallaba reducido á guerrear contra los árabes, y á mantener la integridad de su señorío, y de Burgos su capital, fundada por D. Diego Porcellos, de cuyo tronco descendia, obligando para ello á los reyes de Leon á estrecharse y retraerse de la otra parte del rio Pisuerga. Su ambicion se limitó siempre á señalarse por su celo religioso y por su valor en los combates: prendas sobresalientes, sin duda, en siglos tumultuosos, en que la guerra contra un enemigo estraño se hacia infructuosa por la rivalidad y ambicion de pequeños estados, cuyos príncipes y señores alimentaban sin cesar la guerra civil, asegurando con ella la permanencia del enemigo comun del nombre cristiano.

Estas semillas de ambicion y de mezquina rivalidad habian introducido discordia entre navarros y castellanos. Los primeros no solo hicieron talas en tierras de Castilla, sino que maltrataron con amenazas y denuestos á los embajadores que con Fernan Gonzalez les envió á pedir enmienda de lo hecho. Este caudillo poco acostumbrado á sufrir insolencias ni demasías, rompió con sus gentes por tierra de Navarra, haciendo talas y presas considerables. Acudió el enemigo á la defensa; avistáronse los dos ejércitos, y dióse de poder á poder la famosa batalla de Gollanda. Volaba la muerte por las filas de los combatientes arrebatándolos á centenares, como si unos y otros no fueran españoles. Gran espacio estuvo dudosa la victoria: peleaban los navarros al lado de su rey D. Sancho Abarca; los castellanos al del invencible Fernan Gonzalez. Pero en lo

mas recio de la pelea se retaron los generales á duelo singular. No sabia el imprudente D. Sancho cuán terrible era la lanza en manos de su contrario. Encuéntranse por fin, recíbense con furibundos golpes, y ambos cayeron en tierra; el rey con una herida mortal, el conde gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Reanimados los castellanos con el triunfo de su gefe, cargan con nuevo brio sobre sus contrarios hasta quedar por suyo el campo. Pero á esta sazon llega el conde Tolosa en socorro de los navarros, reune los fugitivos, y vuelvese á trabar la pelea con nuevo encarnizamiento.

La suerte habia decretado el triunfo de los castellanos: el valor iba á coronar la frente de Fernan Gonzalez con doble corona marcial. Igual trance, iguales resultados en favor del héroe de Castilla. Encuéntrase en medio de la pelea con el nuevo gefe de sus contrarios, y de un bote de lanza lo deja muerto en el campo. El espanto se apodera del enemigo, y huye despavorido en todas direcciones creyendo ver constantemente á su espalda el hierro exterminador del invencible conde.

Esta jornada célebre, es la primera de que hace mencion particular la historia, mucho despues de haber dado á conocer el conde su esfuerzo y pericia en los combates.

El estado de las cosas no consentia permaneciese mucho tiempo ociosa la lanza de nuestro héroe. Ostigados los moros de la cruda guerra que les hacia D. Ramiro, rey de Leon, y deseosos de venganza, penetraron por los campos de Castilla, talando y destruyendo cuanto encontraban á su paso. Fernan Gonzalez flaco de fuerzas á causa de la pasada guerra con los navarros, impetró el auxilio de D. Ramiro, pidiéndole olvidase su enojo por la muerte que se vió precisado á dar, á fuer de buen caballero, á su suegro D. Sancho Abarca, y que atendiese antes á la conservacion de la patria, que no á personales agravios. El peligro comun ablandó el ánimo del Rey: juntáronse las huestes; dióse batalla á los moros cerca de la ciudad de Osma, y el éxito coronó de nueva gloria al estandarte de la Cruz.

La vida de Fernan Gonzalez era una série no interrumpida de hazañas que hacian su nombre temido y respetado, como lo manifestó luego en la memorable jornada de Lara, ocasionada por las correrías que hacia el mismo Conde en tierras de moros.

Abderrahman rey de Córdova, ordenó un poderoso ejército, en que se contaban (dícenlo así) ochenta mil combatientes; y mandó á Almanzor Alagib, capitan de gran nombre, acometiese con gran furia las tierras de cristianos. Receloso el Conde de aprestos tan formidables, alistó á cuantos tenian edad á propósito para tomar las armas; pero como aun así fuese todavía su ejército menor que el del enemigo, tuvo junta de capitanes para consultar lo que debia hacerse. Varios fueron los pareceres de estos, atendidas las escasas fuerzas de los cristianos; y aun aconsejaba Gonzalo Diaz, hombre principal, que debian comprar de los moros las treguas por dineros, fundándose en que la sábia cobardía puede mas que la honrada vergüenza. Mas el deseo de la honra y reputacion prevaleció sobre todas las demas consideraciones; y no queriendo el Conde amancillar su antigua gloria, y confiando en la ayuda divina, movió contra el enemigo, que tenia sus reales cerca de la villa de Lara.

No vinieron luego á las manos: pasaron algunos dias observándose, hasta que Fernan Gonzalez animado por el secreto presagio de la victoria, y habiendo infundido su propio espíritu á todas sus gentes, dió la señal del combate. Travóse la batalla de poder á poder, en que por pequeño número de cristianos fue destrozada aquella gran muchedumbre de enemigos. El general con los que pudieron escapar, salió huyendo de la matanza. Los nuestros alegres y cargados de despojos se volvieron á sus casas.

A estos sucesos siguieron otros de no menor cuantía; y como mas principal la famosa batalla de Piedrahita, que duró tres dias consecutivos, ganada por el Conde contra todas las fuerzas del monarca cordovés acaudilladas por el Alagib Almanzor.

Tranquilo en sus hogares, y rodeado de sus amigos y deudos gozaba el Conde de las dulzuras de la paz, cuando vinieron á turbarla inesperados contratiempos. D. Sancho el Gordo ocupaba el trono de Leon por fallecimiento de su hermano D. Ordoño. Juntó Córtes del Reino, y pidió á Fernan Gonzalez no se excusase de asistir á ellas. Temiendo éste alguna asechanza de aquel rey astuto y vengativo á causa de antiguas desavenencias, prometió acudir el dia señalado, y lo cumplió acompañado de gran número de sus grandes. No atreviéndose el rey a faltar á su fé, determinaron poner asechanzas al Conde. Para esto la reina viuda, D.ª Teresa, que deseaba vengar la muerte de su padre D. Sancho Abarca, concertó astutamente que su hermana D.ª Sancha casase con el Conde, viudo á la sazon. El rey de Navarra ignoraba estos conciertos: pero ardiendo en deseos de venganza hacia talas en las tierras de Castilla. El Conde le amonestó hiciese enmienda de los daños hechos, ó que de otra manera tomaria satisfaccion de tales agravios: no produjo efecto el mensage y llegaron á las manos. La pelea fue muy reñida, mas el Conde quedó vencedor.

Hechas las paces despues de esta victoria, Fernan Gonzalez conforme á lo capitulado pasó á Navarra á recibir por mujer á D.ª Sancha. Los ánimos generosos y valientes nunca recelan perfidias porque no las conciben. Así sucedió al Conde. Fue á Navarra acompañado de gente desarmada como para bodas y fiestas. Todo daba muestras de seguridad y de alegría mas que de miedo; pero apenas llegó á cierto lugar, fue preso por el rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y armas. De su prision fue librado por astucia de la misma D.ª Sancha por cuyo amor cayera en aquel trabajo, y con ella huyó á su tierra.

Juramento llevan hecho
Todos juntos á una voz
De no volver á Castilla
Sin el Conde su señor,
La imagen suya de piedra
Llevan en un carreton,
Resueltos, si atrás no vuelve,
De non volver ellos non,
Y el que paso atrás volviere
Que quedase por traidor.
.....
Y antes de entrar en Navarra
Toparon junto al mojon
Al Conde Fernan Gonzalez
En cuya demanda son,
Con su esposa D.ª Sancha,
Que con astucia y valor
Le sacó de Castro-viejo
Con el engaño que usó.

(*Romances antiguos.*)

El rey de Navarra ofendido con aquel engaño se apercibió para la guerra. El conde no rehusó la batalla que se dió á las fronteras de ambos estados, y en la cual el rey quedó vencido, y prisionero en poder del Conde.

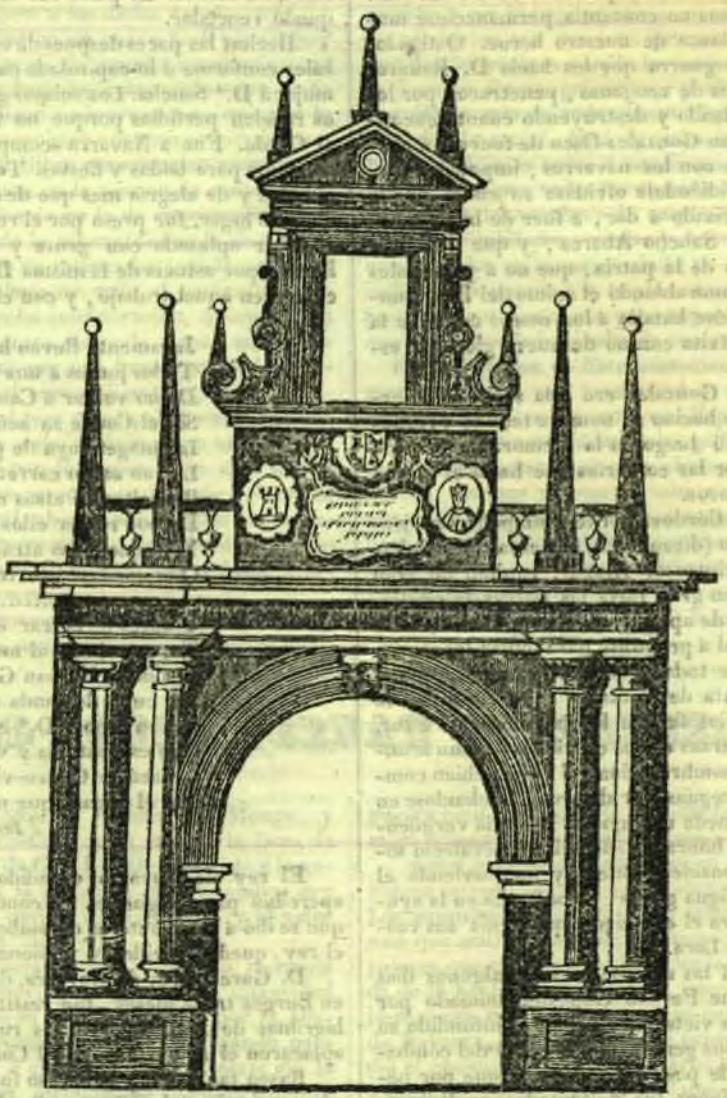
D. García, rey de Navarra, despues que estuvo preso en Burgos trece meses, fue restituido en su libertad: las lágrimas de D.ª Sancha y los ruegos de otros príncipes aplacaron el ánimo airado del Conde.

Rasgo tan noble y generoso fue pagado con una villanía propia de siglos desmoralizados por la guerra civil. D. Sancho rey de Leon, á persuasion de la reina D.ª Teresa, llamó al Conde á las Córtes generales del reino con voz de querer en ellas tratar de los negocios mas graves de su estado. Sospechó el Conde alguna traicion, y recelaba de concurrir al llamamiento; pero pudiendo mas

en su ánimo el deber de súbdito que el temor á mezquinas asechanzas, llegó al término aplazado. No le engañó su corazon: el rey no salió á recibirle como antes, y al besar la real mano como era uso, le desechó con palabras afrentosas y mandó ponerle en prision. D.ª Sancha, hembra varonil y de ingenio astuto, impulsada del amor que á Fernan Gonzalez tenia, meditó un medio seguro de libertar á su esposo. Para conseguirlo partió de Burgos fingiendo ir en romería á Santiago: era el camino por Leon en donde tenian al Conde preso. El rey como á tan noble dueña y tia suya, salió á recibirla y la hospedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido y consolarle en su infortunio. Permitió el rey que aquella noche se quedase con él; y á la mañana antes de rayar el alba, el Conde vestido de las ropas de su mujer, salió de la cárcel, y en un caballo que para esto tenian aprestado, tornó velozmente á su tierra. El rey dolióse al principio del engaño; pero sosegada la saña con la razon, alabó la piedad, el valor y la constancia de ánimo de aquella señora.

Libres los dos esposos de nuevas asechanzas á consecuencia de un concierto por el cual quedó libre Castilla, sin reconocer en adelante vasallage á los reyes de Leon, gozaban ambos de las dulzuras de la paz y del amor. Pero la animosidad de los moros de Córdova contra el valeroso Conde, llevaba á mal no satisfacerse de los daños que de él habian recibido. Rompieron, pues, por tierra de Castilla, y se apoderaron de Sepúlveda, Gormaz, Simancas y Dueñas. El disgusto que estas cosas produjeron en el ánimo del Conde, le acarrearon su muerte, año 968. Falleció en Burgos, y fue sepultado en la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de san Pedro junto al altar mayor se veian las sepulturas del Conde y su mujer D.ª Sancha.

El arco que damos á nuestros lectores fué erigido por la ciudad de Burgos hácia el siglo XVI, en la calle Real, parroquia de santa Maria de Vieja-rua, en el sitio que se cree ocupaban las casas del famoso Fernan Gonzalez. Pertenece al órden dórico, tiene 32 pies de elevacion; y actualmente está ruinoso y apuntalado. Encima del cornisamento hay escudos de armas Reales y de Burgos, con una inscripcion latina en honor del Conde. *J. de la R.*



LITERATURA.

Un caso raro.

Erase que se era.... Pero empecemos de otro modo. Habia aun no hace muchos años en el reino de Jaen una soberbia casa de campo, que ni podia llamarse castillo ni mucho menos granja; era un término medio entre estas dos cosas. — Es el cuento, que en aquella casa de campo

no habitaba alma viviente, porque sucedia en ella un fenómeno sumamente particular, que a todos tenia aterrados y confundidos. Entraba uno de noche en la tal casa con una vela apagada, y al punto se encendia ella sola; entraba otro con una vela encedida é inmediatamente se apagaba; — y eso que no faltaba un vidrio en las ventanas, ni habia rendijas en las puertas por donde pudiese colarse el viento, ni causa alguna en fin, al menos aparente, á que pudiera atribuirse aquella particularidad. — Pero á pesar de todo, no hay mas sino que asi sucedia, y que á nadie se le alcanzaba el por qué, de modo que la maldita *casa del duende* era el bú de todas aquellas cercanias. — Repetian la misma esperiencia los doctos y los incrédulos, y siempre resultaba la misma diablura; la vela apagada se encendia, y la vela encendida se apagaba....

¿Ustedes no saben por qué acontecia esta incongruencia? Pues yo se lo voy á decir.—

Vivia en Jaen, allá en tiempo del rey que rabió, un tal Mateo Bergante, pero tan bergante él que no habia otro mayor en los cuatro reinos de Andalucía. Este Mateo Bergante era pues un hijo de buena familia, y de las mas acomodadas del pueblo; un *diablo como* hasta de veinte años, buen mozo, valenton, y de aquellos que á los doce de su edad hacen novillos, á los quince trasnochan y á los diez y ocho emigran de su casa paterna: — Mateo se emancipó á los diez y siete, porque para todo era precóz el muchacho, y se fue á probar fortuna por esos mundos de Dios. — Durante algun tiempo no le fue mal; como era bien plantado y nada corto de genio, las señoras mujeres le tomaron bajo su proteccion inmediata, y como él decia, *allí me las den todas*! y tenia razon. Luego él, como era tan malo naturalmente, si se le presentaba alguna ocasion de apropiarse lo ageno contra la voluntad de su dueño, no la desperdiciaba; y sabido es que este es un medio muy espedito para no carecer de lo absolutamente necesario. — Pues no era esto lo peor; si algun caminante se encontraba al caer el crepúsculo de la tarde en algun despoblado con Mateo Bergante, sacaba el infeliz su rosario y encomendaba su alma á Dios en voz baja, pálido y desencajado, porque habia oido decir á personas fidedignas, que aquel hombre asi respetaba la vida como la hacienda agena. — Pues, y lo que hacia en *la iglesia*? En la iglesia, tal era su perversidad! casi nunca se le veia, y aun entonces, mientras los demas rezaban y se daban golpes de pecho, él hurtaba con disimulo los vasos sagrados en las capillas, interrumpia al predicador, soltaba una carcajada en medio de la misa, y cometia todo linage de irreverencias.

Un dia en que cometió un delitó muy escandaloso, de poco le valieron sus artimañas; prendióle la justicia, y fue condenado á muerte.

El fraile dominico que debia prepararle á bien morir era un santo varon, y que habia leido muchos libros en latin y en otras lenguas; y tanto hizo, y tanto se afanó, que Mateo Bergante empezó sériamente á arrepentirse y á temer la muerte, no tanto por ella misma, como por lo que vendria detrás. Viéndole en tan buenas disposiciones, dejóle solo el fraile para que meditára sobre la muerte y llorase sus pecados.

Pero apenas Mateo Bergante se quedó solo, cuando empezó á pensar en cosas livianas, y á olvidar todo lo que le habia dicho el fraile; sin embargo, aun sentia alguna vez impulsos de arrepentimiento, y ya estaba para ser bueno, ya pensaba en lo bien que le habia ido siendo malo; pero él, para colmo de iniquidad, vacilaba entre el vicio y la virtud, y aun se inclinaba mas al primero.... En esto se abrió el calabozo y entró..... Quién dirán ustedes que entró? El mismo Satanás en persona. — Traia un olor de azufre! — Dios nos libre! —

Clarito; el diablo, temiendo que se le escapase aquella alma pecadora, trató de asegurársela de antemano, y como los malos pronto se entienden, al cabo de un cuarto de hora quedó hecho y firmado con sangre del brazo izquierdo de ambos, un contrato entre Mateo Bergante y el enemigo. Obligabanse por él las dos altas partes contratantes; la segunda á satisfacer todos los deseos de la primera, cualesquiera que fuesen, durante dos años; y la primera á entregar su alma al diablo sin resistencia, cumplido este plazo. — Asi separó Satanás del camino del Cielo á un alma medio contrita, y que hubiera podido salvarse... Que pícaro!!!—

Escribir todas las bellaquerías y enormidades que hizo Mateo Bergante en estos dos años, fuera escribir la historia del hombre malo, y asi las pasaremos por alto. —Pero al acabarse el plazo, le entró un miedo terrible á las calderas de Pedro Botero, y se retiró á una casa de campo que habia hecho construir en su provincia, porque aunque libertino y desalmado por demas, siempre le tiraba un poco el amor de la patria como á todo hijo de vecino. En aquella casa, pues, la misma que aun no hace mucho tiempo se llamaba *del duende*, vivia Mateo Bergante con un padre francisco á quien habia tomado en su compañía para que le desasnase en punto á moral, y una buena mujer, que Getrudis se llamaba, á cuyo cargo estaban la cocina y la bodega. A esto se reducia toda su servidumbre, y cierto que no se podia abusar menos de la proteccion del *señor diablo*.

Sucedió que una noche, mientras estaban cenando y discurriendo Mateo y el padre, subió Getrudis de la bodega toda trémula y despavorida diciendo que habia visto entre dos cubas de aguardiente á un hombre con cuernos y rabo que precisamente debia ser el diablo, y que se reia y decia que tenia que hablar cuatro palabras al señor Mateo Bergante.

¡Pobre Mateo Bergante! sacó su calendario, echó la cuenta, y vió que se habia cumplido el plazo; pero como era valiente, hizo de tripas corazon, contó su cuita al fraile, apuró la copa que tenia en la mano y echó á andar.

— Para las ocasiones son los amigos, dijo el religioso; déjame coger mi breviario por lo que pueda suceder y voy contigo.—

Hízolo asi, cogió la vela que ardia sobre la mesa, cubrió su luz con la mano izquierda, y se dirijieron juntos á la bodega,— el fraile delante, Mateo detrás.—

— Quién va? quién eres? — Venga Mateo Bergante! dijo el diablo.—

— Escucha, dijo el padre, conozco las condiciones del contrato y vengo á pedirte un favor. Estamos allá arriba cenando como unos paganos, con que déjanos acabar; apenas se consuma esta vela, Mateo Bergante jura que te entregará su alma.—

— Consiento, dijo el diablo.

Al oir estas palabras, dió un soplo á la vela el fraile, la envolvió en su rosario, y echó á correr seguido de Bergante. El pobre diablo se quedó con medio palmo de narices; lanzó un grito lastimero y se hundió en los infiernos rabo entre piernas, furioso y corrido de verse burlado cual otro chino.

Mateo Bergante guardó la vela como un tesoro y murió de puro viejo, llorado por sus amigos, y sobre todo por los franciscanos á quienes amaba en estremo. Llamó su alma á las puertas del cielo, pero no quiso abrirle san Pedro porque realmente no lo merecia; mas como segun lo tratado no pertenecia al diablo hasta que se consumiese la vela, volvió el alma á su casa á vigilar sobre el precioso talisman que le libertaba de los infiernos. — Satanás, como es tan pillo, enciende todas las velas que halla en la casa; pero, lo que decia el otro, á un jitano un soldado; si Satanás las enciende, Mateo Bergante que se halla muy bien en este pícaro mundo va y las apaga, y *colorin colorao, mi cuento se ha acabao.*

E. de O.

Higiene. — *La Vacuna.*

De tiempo inmemorial hasta los últimos años del pasado siglo reinaba en el mundo una enfermedad cruel que alarmaba todas las madres, diezmaba todas las familias é imprimia un sello indeleble en el semblante del triste que le pagaba su tributo. Esta enfermedad era la de *las viruelas*, contagio funesto, epidemia terrible que dormitando sin cesar en la sangre se despertaba á veces con furor, estendia su desolacion y desfiguraba para siempre á los que no hacia sucumbir. ¡Cuántas veces una mujer célebre por su belleza, un tierno infante, orgullo y esperanza de su madre se convertian en pocos dias en un objeto desgraciado y casi repugnante á la vista!

De tiempo en tiempo la epidemia se hacia mas terrible, huíase entonces por todas partes, temíase la proximidad del pariente, del amigo, y tal era el terror que este azote inspiraba que convencidos de la imposibilidad de evitarle habia que resignarse á hacerse inocular este germen pestífero con la esperanza de escoger aquel que tuviera menos malignidad. El mundo antiguo le habia importado del nuevo donde ejercia sus furores, de suerte que puede decirse que no habia un solo punto del globo que estuviese libre de él.

De repente y por los años de 1798 se propaga la voz de haberse encontrado un preservativo cierto contra el contagio y que en adelante todo el mundo puede desafiarle; esta feliz nueva, acogida con avidez por todas las madres no era por fortuna una esperanza vana, era una realidad El *Dr. Eduardo Jenner*, médico inglés natural de Berkelay habia observado que las mujeres cuyo oficio era ordeñar las vacas no se veian nunca atacadas de las viruelas, y sí solo de una ligera irupcion; Jennes, pues, imaginó que inoculando el virus de estas irupciones á otras personas se verian libres del ataque principal: y con efecto halló que no se habia equivocado. Apresuróse pues á publicar su descubrimiento, y gracias á la necesidad del remedio de aquel mal, á la proteccion de los gobiernos ilustrados, y al apoyo unánime de los hombres científicos, la *vacuna* se propagó con rapidez por todos los estados de Europa desde el Norte al Mediodia; de allí pasó á Oriente, donde fue acogida con apresuramiento á pesar de la repugnancia de los turcos á adoptar ideas nuevas, sobre todo cuando tienden á prevenir un mal, por la especie de tributo supersticioso que rinden á la fatalidad. Aun mayor dificultad ofreció en las Indias, en donde de tiempo inmemorial dominaba esta enfermedad, y semejante obstáculo no fue nacido de los habitantes, sino del inconveniente que se encontró en transportar tan lejos la vacuna sin que perdiese nada de su virtud: por fin pudo llegar á Bagdad, derramándose desde allí por toda la India con mayor prontitud aun que en Europa, lo cual era de esperar por la razon de que colocados aquellos pueblos en un clima ardiente y favorable á las epidemias no podian dejar de correr en pos de un preservativo tan infalible.

En América M. Jefferson presidente de los estados unidos hizo los primeros ensayos en su propia familia, y su ejemplo fue seguido en todos los puntos de aquel inmenso pais. Parecia natural pensar que los americanos españoles apenas dotados de aquel admirable descubrimiento, se hubieran apresurado á propagarle por su estendido territorio; pero por una singularidad muy notable quedó reservado este honor á la madre patria. Por órden del rey Cárlos IV, *D. Francisco Balmis*, cirujano de cámara, emprendió un viaje aventurado alrededor del mundo con el único objeto de dar á conocer en las mas remotas regiones los beneficios de la vacuna, y de este modo los españoles á quienes se achacó haber importado este mal en Europa, fueron los mas cuidadosos de propagar su remedio en América; atrevida espedicion digna de los mayores encomios, y que mereció quedar inmortalizada por la patriótica lira de Quintana en una de sus mas bellas composiciones.

El suceso correspondió á las esperanzas, pero no sin graves dificultades y numerosos peligros; la prudencia y la habilidad con que fue conducida esta empresa triunfaron sin embargo de todo; para tener la seguridad de transportar la vacuna se embarcó un cierto número de niños no vacunados, á los cuales se les fue transmitiendo por inoculacion durante la travesía. El Dr. Balmis recorrió todos los extremos de la América meridional, haciendo atrevidas incursiones en el interior del pais, y apareciendo en todas partes como un ángel tutelar; las poblaciones enteras salian á recibirle, y bendecian su nombre y el del monarca que le enviaba.

Fuertemente animado por este heróico suceso, el intrépido español, hizo un segundo viaje no menos meritorio para llevar su socorro al Asia; llegó á Macao y Canton, recorrió todas las islas de aquellos lejanos mares, regresando á su patria cubierto de gloria y de bendiciones. De este modo Balmis y el gobierno español respondieron victoriosamente á las injustas acriminaciones prodigadas por los extranjeros contra España por su dominacion en América.

Los eruditos en estas materias pretenden que este admirable descubrimiento fue conocido en lo antiguo, y no hace muchos años que se dijo haberse descubierto una obra en lenguaje Sanscrito, en que se halla fielmente descrita esta enfermedad y su remedio. Testigos dignos de fé cuentan tambien que en 1803, un príncipe indiano, viendo á su hijo en peligro y casi abandonado de los médicos, hizo venir á un viejo Bramin, que pasaba por poseer un secreto maravilloso contra las viruelas, el cual manifestó el sentimiento de no haber sido llamado antes: « Yo conservo (dijo al príncipe) un hilo empapado en la materia que se desprende de la pústula de la vaca, y con este hilo puedo procurar una erupcion facil y nada peligrosa, pasándole por medio de una aguja entre la epidermis y la carne del niño, por la parte superior del brazo ó de la pierna; por este medio queda reducido el mal á un pequeño número de granos benignos, y ningun niño muere de esta enfermedad.»

El célebre viajero Humbol refiere tambien un hecho semejante. « En 1802, dice, se habia inoculado las viruelas á un esclavo de la casa del marqués de Vallehumbroso, pero no tuvo ninguno de los síntomas de la enfermedad; quiso repetírsele la operacion, mas el jóven declaró que estaba seguro de no tener jamás viruelas, porque conduciendo vacas en la cordillera de los Andes habia tenido una especie de erupcion, causada, segun decian los pastores indios, por el contacto de ciertos tubérculos ó tumores que se forman algunas veces en la teta de las vacas; y los que han tenido esta erupcion, decia el negro, no tienen jamás viruelas."

Objeto de profunda meditacion es para el filósofo el ver caer en el olvido tan preciosos descubrimientos, para aparecer de nuevo despues de algunos siglos de intervalo. Confiemos sin embargo en que el maravilloso arte de la imprenta servirá en adelante para impedir que llegue á olvidarse nada realmente útil é importante.

De todos modos, y sean los que quieran el *inventor* ó inventores de la primera idea de la vacuna, Jenner tiene siempre el indisputable mérito de haber atraido la atencion especial sobre ella, y este servicio eminente le asegura para siempre del agradecimiento de todas las madres, y la admiracion de todos los pueblos.

Abadía de Westminster.

La Abadía de san Pedro de Westminster situada en el cuartel de Londres á que dá su nombre, y cuya fachada norte ofrecemos hoy á nuestros suscriptores, es uno de los monumentos que con mayor razon escitan la admiracion y el interés del viajero, tanto por la riqueza y grandiosidad de su gótica arquitectura cuanto por los singulares monumentos que encierra.

Prescindiendo nosotros de engolfarnos en la larga y complicada historia de la fundacion y reedificaciones de aquel célebre templo, y de discutir si tuvo ó no principio en 605 por Serveto rey de los sajones sobre las ruinas de un templo dedicado á Apolo, con toda la demas serie de modificaciones mas ó menos importantes hechas en él por todos los monarcas de la Gran Bretaña, (cuestion que poco ó nada puede importarnos para el caso) baste á nuestro propósito decir que consagrada esta Abadía en 28 de Diciembre de 1065, el Papa Nicolás II la acordó el privilegio de que todos los monarcas de Inglaterra *fuesen inaugurados* en ella, verificándose en su consecuencia la coronacion del primero en 1066, en la persona de *Guillermo el conquistador*.

El aspecto esterior é interior de este suntuoso monumento es admirable por lo giganteseo de sus formas, por la severidad de su estilo, y por la elegancia y gallardía de sus adornos.

Llama desde luego la atencion la magestad sublime y elevacion de su bóveda, y el noble ordenamiento de pilares que separan la nave principal de las alas. Esta nave tiene 360 pies de largo y 195 de ancho en su parte principal ó del crucero. Los arcos apuntados á la manera gótica estan sostenidos por 48 fasces de columnas de mármol muy delgadas si se les observa separadamente, pero que forman reunidas un ancho grupo coronado de chapiteles muy variados. Son muchas y magníficas las capillas de que se halla rodeado el templo principal, y entre ellas sobresale por su suntuosidad la llamada de *Henrique VII*, que forma un conjunto tal de riqueza y de bellezas artísticas que no sin razon se la apellida una de las maravillas del orbe. Su descripcion prolija, asi como la de las demas partes de este templo venerable seria materia para un volúmen, y de reducido interés para nuestros lectores españoles.

Pero tal y tan grande como es el mérito y osadía artísticos del templo de Westminster, no es esta circunstancia lo que le hace mas interesante á los ojos del observador y del filósofo. Recorriendo sus inmensas galerías al través de la templada luz que permiten los innumerables vidrios de colores de sus ventanas, otro pensamiento aun mas sublime se ampara de su imaginacion al considerar que se halla en el *gran panteon* de la nacion inglesa, en el augusto recinto destinado hace algunos siglos á recibir las cenizas de los hombres ilustres de la Gran Bretaña y los monumentos erigidos á la gloria nacional. Semejante al Eliseo de Virgilio, miranse en él las sombras de los genios ilustres que por diferentes géneros de mérito han ilustrado á su patria, alternando con las de los poderosos monarcas *que la dominaron y rigieron*.

Doscientas sesenta y tres tumbas y monumentos son los repartidos por toda la iglesia, capillas y claustro la mayor parte notables, ya por los nombres á quienes estan dedicados, ya por la grandiosidad de su desempeño artístico.

En la capilla de Henrique VII se admira la magnífica tumba del fundador, la de la reina Isabel, las de los dos niños Eduardo y Ricardo, asesinados por órden de su tio, y las de otros varios reyes y príncipes de la sangre. En las demas capillas se miran igualmente las de los reyes Henrique III, Eduardo I, Jorje II, Maria Stuard, el duque de Bukimgham, Lord Houdson, Lord Chatam, la reina Ana, y otros príncipes y personas ilustres.

Los reyes posteriores á Isabel no tienen monumentos en mármol, pero para suplirles se hallan en las capillas en que estan enterrados sendas efigies en cera que los representan con todas sus vestiduras: esta parodia de la escultura es indigna de aquel sitio, y produce en él el peor efecto; los curiosos y viajeros sin embargo no dejan de visitarlas y reconocerlas como documentos históricos.

Alternando con aquellos régios monumentos, llaman la atencion otros muchos, por ejemplo el magnífico elevado en honor de la memoria de John Duke of Argile, otro á Isác Barrow el teólogo, y otro á Tomas Parr que murió á la edad de 152 años.

Entre los monumentos mas notables de los dedicados á los escritores ilustres se distingue el de *Guillelmo Shakespeare* con una bellísima estatua del poeta que parece haber adquirido nueva vida bajo el cincel delicado del escultor. Cerca de esta tumba se hallan sepultados los restos de otro poeta tambien célebre el ilustre *Sheridam*, y algo mas lejos se leen aun los nombres siguientes; « *Oh rare Ben Jhonson!* » *Spencer*, *Chancer*, *Butler*, *Milton*, *Mason*, *Gray*, *Prior*, *Granville Sharpe*, *Mme. Pritchard*, *Thomson*, *Mme. Rove*, *Gay*, *Goldsmith*, *Handel*, *Chambers*, *Addison*, *Dr. Hales*, *Sir J. Pringle*, *Sir R. Taylor*, *Wyatt*, *Grabius*, *Casaubon*, *Garrick*, *Driden*, *Cowley*, *Davenant etc.*

Ademas de los monumentos ya citados alternan en toda

la iglesia multitud de ellos mas ó menos suntuosos, entre los cuales pueden citarse los del almirante *Tirrel*, el Dr. *Watt*, *William Congreve*, *William Pit* que se halla representado hablando en la tribuna y vestido con su trage de canciller del echiquier; *Newton*, *Stanhope*, *Bath*, *Arnault*, *Chatam*, *Fox*, *Londonderry* y otros muchos.

Grande es el precio que los ingleses dan al honor de reposar en aquel sagrado recinto. La idea del reconocimiento nacional consignado allí en las obras magníficas del arte, contribuye no poco á despertar su heroismo y aquellas grandes acciones de virtud, de saber y de valor que en todos tiempos han distinguido á los hijos de la Gran Bretaña. Lord *Nelson* al empeñarse en el combate de Trafalgar, prorrumpia en aquellas notables palabras que despues ha reproducido el bronce en los monumentos dedicados á su memoria.

« *Vitory or Westminster Abbey.* »
« Venzamos ó vayamos á reposar á Westminster. »

No lejos de la Abadía se elevaba en otro tiempo el *santuario* que era un asilo inviolable para los criminales. Eduardo V habia nacido en su recinto, y á él fue donde se refugió su desgraciada madre con el otro niño Ricardo para ponerle al abrigo de las asechanzas de su cruel tio, que tenia ya en su poder al primero.

Al terminar este artículo debemos decir que al lado de la Abadía de Westminster está el palacio de este nombre, donde se celebran las sesiones del parlamento británico, siendo notable la famosa sala de 270 pies de largo 74 de ancho y 90 de alto en que se verifica la coronacion de los reyes de Inglaterra. Esta sala, cuya bóveda no está sostenida por ningun pilar, es reputada por la principal de Europa. Creemos que esta parte del edificio haya quedado notablemente alterada por el terrible incendio de hace dos años.

R. de M.

TEATROS.

Norma, *Opera.* — **La Reina de quince años**, *Comedia.* — **Las gracias en la vejez**, *Idem.*

La nueva temporada cómica ha comenzado bajo felices auspicios. La difícil ópera de *Norma*, reconocida por todos los inteligentes como una de las mas bellas producciones del siglo XIX, desempeñada por artistas españoles, es en verdad un acontecimiento digno de llamar nuestra atencion.

No hablaremos de aquella, supuesto que el público la tiene ya bien conocida y juzgada; y así nos limitaremos únicamente á tratar de los actores que la han desempeñado.

La señora *Oreiro Lema* justamente aplaudida así en esta como en sus anteriores representaciones, descubre cada vez mas su gran disposicion para la carrera que ha emprendido. Ni la circunstancia de no hallarse en voz para la debida egecucion, ha sido suficiente causa para ocultar la seguridad que de dia en dia adquiere, y el conocimiento artístico que la distingue. Si con tan señaladas ventajas consigue que en su canto se advierta mas decidido el *forte-piano*, el cual viene á ser el *claro-oscuro* de la pintura, su mérito será indisputable.

La voz de la señora *Ridaura* es fuerte, estensa, y tiene puntos graves llenos y sonoros: es un verdadero tipo contraltado. Esta jóven que á su presencia reune una voz tan aventajada para el teatro, y las mejores disposiciones, solo necesita el conocimiento que no ha podido recibir en el corto tiempo que ha dedicado al estudio fundamental de su arte.

Lo mismo decimos del señor *Unanne*: su voz fuerte y atrevida, aunque un poco endeble en los puntos bajos, está en el caso de un potro que aun no obedece con docilidad á su ginete. Pero obederá con el estudio: solo así forma artistas eminentes.

El señor *Reguer* debe á la naturaleza una voz de bajo verdaderamente privilegiada. Fuerte, limpia, sonora y estensa: he aquí sus cualidades; no pudiera pedírsele mas.

Defectos han debido cometer unos jóvenes que principian tan escabrosa carrera; pero disculpables por no hallarse aun en la categoría de profesores consumados, y por presentarse la vez primera á vista del público con una ópera tan delicada en su ejecucion como la *Norma*.

No concluiremos sin exortar á jóvenes tan dignos del aprecio del público á que se dediquen tambien con incansable celo al estudio de la declamacion. Todos ellos le necesitan; y todos ellos lograrán conmover el alma de los espectadores si á la apresion y buen gusto del canto saben agregar la espresion; la cual no deja ociosa alguna visible del cuerpo humano cuando la pasion manda y la oportunidad lo exige.

Tambien la escena española ha presentado en esta semana otra novedad no menos importante, cual es la aparicion en ella de la *Sra. Perez*; jóven agraciada y que anuncia felices disposiciones. No carece de inteligencia, aunque algo desvirtuada por resabios de teatro de provincia, pero que deben desaparecer á poco que se familiarice con los de la Corte. En el papel de la jóven *Reina Cristina de Suecia*, hubiéramos deseado mas sencillez y naturalidad en sus pasos y ademanes: la nobleza y la magestad de personas elevadas, consiste en el sentimiento de su propia grandeza, no en lo estudiado de los movimientos y ademanes. El actor que recurre á estos medios manifiesta carecer de aquel sentimiento, ó no haberlo descubierto todavía. Por poco que la jóven Perez medite sobre el particular, llegará á descubrir ese y otros secretos de la declamacion. Repetimos que no carece de facultades para ello.

Mas oportuna y feliz nos pareció en la piececita titulada *Las gracias en la vejez*; y si en la *Reina de quince años* descubrimos su disposicion artística, el desempeño de la primera nos afirmó en nuestra opinion. La bien caracterizada condesa de setenia años, transformada de repente en una jóven linda y pizpireta, es un tránsito cómico de difícil ejecucion, pero fácil para la Sra. Perez.

Quisiéramos no importunar mas á esta jóven actriz con advertencias que acaso parecerán pedantescas; pero su propio interés y el nuestro, nos obligan á escitar su celo á fin de que trabaje cuanto pueda por pronunciar con limpieza la *s*; resabio de fácil correccion, y que debe desaparecer á causa de que el teatro no consiente vicio alguno de pronunciacion, perjudicial á la hermosa lengua de Garcilaso.

Las dos comedias en que esta apreciable jóven se ha presentado, son traducidas del francés, y no carecen de mérito en su respectivo género. Pero ¡tantas traducciones y tan pocas piezas originales!! ¿Cuándo tendremos teatro que verdaderamente podamos llamar español?

J. de la R.

MADRID: *Imprenta de* D. T. Jordan,
Editor responsable.